



«Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos»

Felicitación a Nuestra Señora de los Dolores

EN LA VÍSPERA DEL «VIERNES DE DOLORES», al anochecer, en la hora del amor, nos congregamos ante tu mirada, María Santísima de los Dolores Coronada. Cada año, aguardamos impacientes el despuntar de este día en el que de manera especial nos postramos a tus pies, te confesamos nuestro amor de hijos y, Tú, nos renuevas tu amor de Madre.

En las especiales circunstancias que vivimos este año: cuando las relaciones sociales están encadenadas, cuando no puede congregarse la numerosa procesión de tus hijos, cuando se nos impide tocar y besar tus manos, queremos renovarte nuestro cariño, felicitándote en este despertar de tu fiesta: ¡Felicidades, Madre!; Felicidades, ¡Nuestra Señora de los Dolores! Tus hijos, que nunca te olvidan, aunque a veces las prisas del tiempo nos distraigan de tu amor, queremos decirte que te llevamos en lo más íntimo de nuestro corazón, porque Tú, Madre, siempre nos tienes presentes en lo más vivo del tuyo.

Este Viernes de Dolores es un pregón de silencio, de amor confesado y discreto, que abre las puertas de nuestra Semana Santa. Este día, tu Hijo, el Santísimo Cristo de la Expiración, se esconde voluntariamente en un segundo plano, cediéndote cortésmente el protagonismo principal. Te contempla con orgullo de Hijo y te sostiene con su amor de Salvador en tu ingente tarea de custodiar a todos los hijos de adopción, que te fueron entregados a los pies de la Cruz. No hay un día en todo el año en el que tu corazón de Madre trabaje más. Una fila interminable de devotos, presenciales y virtuales, se postran reverentes ante Ti, con una súplica o un agradecimiento, con unas “gracias” ... o un “te pido” ... Todo, brotando de un corazón confiado de hijos hacia el cariño protector de su Madre.

En este día, los cofrades y devotos de esta Archicofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora de los Dolores Coronada, nos acercamos a Ti, a cara descubierta, sin ocultar nuestro rostro en procesión de penitencia. Quizás este año, Madre, eches en falta a algunos: no es ausencia de cariño, sino el impedimento de una salud resquebrajada y protegida por la prudencia. Sus pies le retienen en la seguridad del hogar, pero su corazón vuela hasta tu presencia y, con la inocencia del hijo, aunque ya sea adulto, ante la mirada de su madre, susurra, como una confidencia: ¡Felicidades, Madre!

Tú sabes, también, que algunos de tus hijos e hijas no vendrán, porque ya te felicitan este año desde el cielo. Es consolador saber que quienes nos faltan están ya en tu compañía, culminando esa procesión de dolor hacia el cielo que es la vida. Gracias, Madre, por acogerlos al amparo de la ternura de tu mirada y colocarlos junto a tu Hijo.

Este atardecer de primavera, queremos felicitarte con una bella postal. Escrita con la sangre de nuestro cariño y enviada con el vuelo de una hermosa canción, que nos acompaña desde niños. Muchos de tus hijos te abrimos habitualmente nuestra intimidad y nuestro corazón recitando una hermosa plegaria: *Salve Regina*, la «salve más popular». Queremos de nuevo cantarla ante

Ti en la intimidad de esta noche, musitando y meditando sus bellas palabras, traduciendo el latín con los sentimientos del cariño.

La oración de la *Salve*, Madre, se inicia con un saludo explosivo, mirándote a los ojos, declarándote nuestra fidelidad de hijos:

«Dios te salve, Reina y Madre de misericordia»,

Y continúa con un requiebro amoroso, acercándote, aún más, a la intimidad de nuestro corazón. Te declaramos:

«vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve».

Después de dejarnos mirar por Ti, la mirada se dirige a nosotros y pasamos a exponerte confiadamente los agobios y sufrimientos de nuestra condición de seres humanos:

«a ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suplicamos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas».

Sumidos en nuestra indigencia, pero amparados en la bella historia de amor por nosotros que cada uno conservamos en nuestro corazón, nos atrevemos a pedirte filialmente:

«Ea, pues Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos sus ojos misericordiosos»

Y, al calor de tu mirada, y mirando de frente al Santísimo Cristo de la Expiración, te imploramos con confiado fervor:

«y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre».

Se cierra nuestra oración, cruzando nuestras miradas, ante la presencia protectora de tu Hijo, que impulsa nuestros corazones a despedirnos con una hermosa jaculatoria:

«Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María».

Esta plegaria, Madre, toca lo más humano y lo más divino que hay en cada uno de nosotros. Con esta oración, sabemos que Tú te pones, como mediadora, entre tu Único Hijo, el Santísimo Cristo de la Expiración y todos tus hijos de adopción, que somos nosotros. Como madre «tienes el derecho de» hacer presente ante el Hijo de tus entrañas las necesidades de todos los hombres, sus hermanos, en este tiempo de inclemente pandemia. Nunca nos hemos sentido más desvalidos. Nunca hemos necesitado más *¡que vuelvas a nosotros tus ojos misericordiosos!*

Santísima Virgen de los Dolores: ¡Felicidades! Nuestra devoción de hijos es el mejor regalo. Pero sabes que siempre te pedimos, porque siempre te necesitamos:

«Nuestra Señora de los Dolores. Ruega por nosotros».